

S. M. el Rey Don Alfonso XIII. (Oleo de Alvarez de Sotomayor, pintado en 1923).

Alfonso XIII: El final de un Reinado

Carlos Sampelayo

MUCHO se ha escrito sobre la caída de Alfonso XIII arrimándose siempre el «ascua a la sardina» ideológica del escritor. Al medio siglo de aquel destronamiento, si se contemplan los hechos sin pasión, se puede llegar a una conclusión irrefutable: Si el rey no hubiera aceptado complaciente la Dictadura del primer Primo de Rivera, habría terminado sus días en el trono, al que había accedido el 17 de mayo de 1902, jurando una Constitución.

Primo de Rivera fue una especie de enfermera de la monarquía, impidiendo que se acercara a la enferma ningún elemento nocivo capaz de interferir el tratamiento. Pero la enfermera en su celo llegó a ser más nociva de aquellos elementos, y la enferma decidió cambiarla como heroico remedio de salvación, alegando sofisticadamente que aquella enfermera se le había impuesto, no la había contratado la monarquía; que había sido como el dragón a la puerta de la cueva de la princesa no dejando acercarse a nadie.

EL VIRUS ABSOLUTISTA

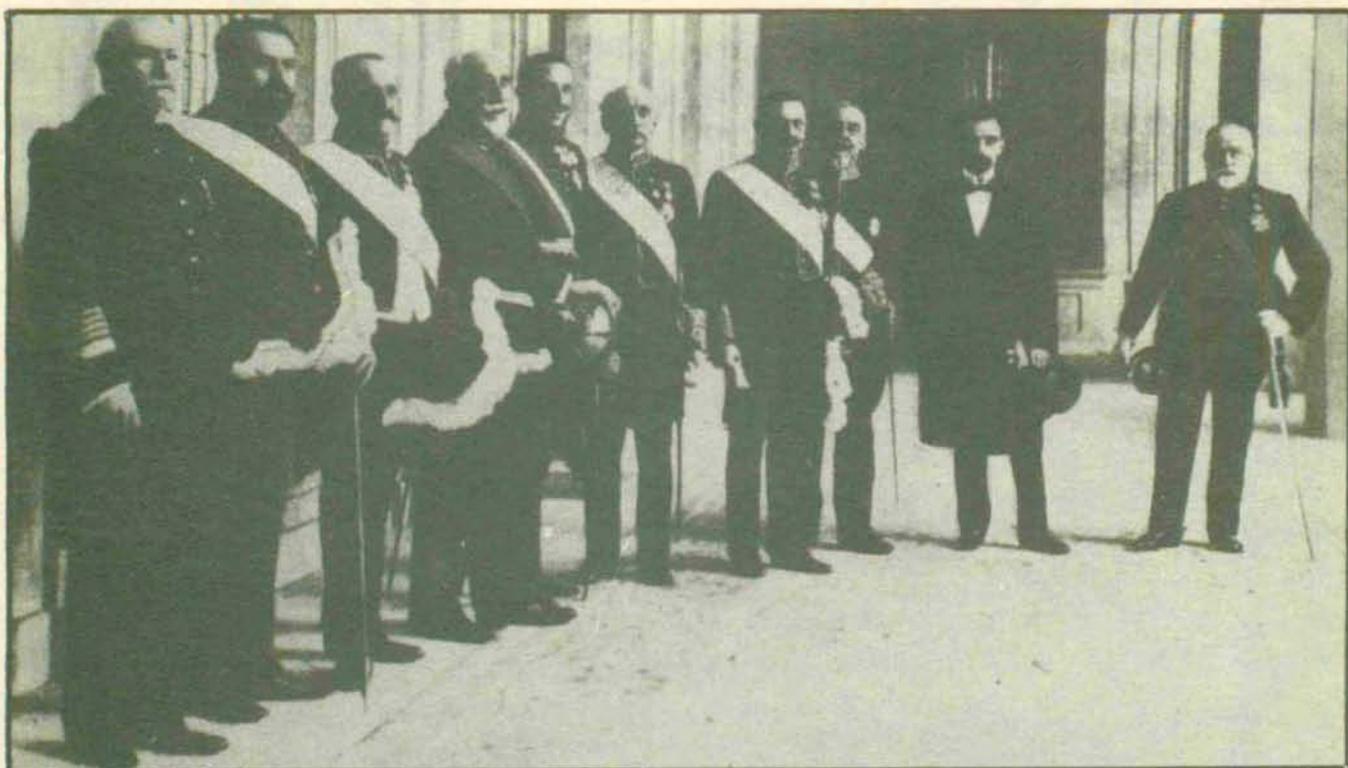
En realidad no se sabe si el rey colaboró en el levantamiento del dictador en 1923. Pero lo que sí se advierte al conjugar la historia es la inclinación del monarca al absolutismo, aunque algunos de sus defensores, como el conde de Romanones, trataran de justificar lo contrario. O como el general Berenguer, que llama a la dictadura «experiencia política» de don Alfonso, cuando la verdad es que durante esa «experiencia política» tuvo menos preocupaciones de gobierno, y pudo desarrollar con más libertad su afición a los deportes. Seis años de no ocuparse de política, rodeado de sus amigos sin aspiraciones de ella, confiado el país a Primo, que, todo hay que decirlo, fue, además de enfermera, una hermana de la caridad comparado con el otro «salvador de España» que habría de venir después.

Alfonso XIII no era la princesa cautiva por el dragón, porque durante toda su historia política había cambiado de dragoncillos al primer berrido, y no le habría sido difícil cambiar este otro si lo hubiera creído incon-

veniente para su tranquilidad. Los recursos y habilidades de aquel rey eran característicos de su personalidad para capear temporales políticos, aunque el dragón de turno fuera don Antonio Maura, el consejero mejor oído.

Tras la caída en desgracia del dictador, sólo el general Berenguer le quedaba al rey como lenitivo para su descanso. No deseaba volver al diálogo con los antiguos políticos demócratas monárquicos, y mucho menos emprenderlo con elementos opositores, lo cual podría haber sido una «tabla de salvación». El se creía querido del pueblo y no quiso dialogar con nadie, tanto de un lado como de otro del espectro político de entonces.

Al decidir atraerse al fin a personalidades nuevas de talante tradicionalmente monárquico ya era tarde. Casi todos se habían hecho republicanos o navegaban en torno a la República. El destierro fue para él una sorpresa, aunque fuera profetizado por los antiguos políticos monárquicos, entre los que, como Sánchez Guerra, deseaban que abandonara el trono, acusándole de violador de



El Gabinete de Concentración Nacional de marzo de 1918. (De izquierda a derecha: Pidal (Marina), Alba (Instrucción Pública), conde de Romanones (Gracia y Justicia), Maura (Presidencia), el Rey, Dato (Estado), marqués de Alhucemas (Gobernación), González-Besada (Hacienda), Cambó (Fomento), general Marina (Guerra).)

las leyes que albergaba la Constitución. Ossorio y Gallardo se tituló «monárquico sin rey», pensando además que, aun después de la herencia confiada al infante don Juan, la monarquía había desaparecido para siempre.

EL REPUBLICANISMO DURANTE EL REINADO

Alfonso XIII se rió durante toda su vida de los republicanos, y no era para menos, ya que la figura señera de los mismos fue desde los años mozos del rey, Alejandro Lerroux, cuyos contubernios con los gobiernos monárquicos conocía muy bien. El mismo líder republicano manifestaba que él era «la encarnación de la República desde los comienzos del reinado de Alfonso XIII».

No enterado, pues, de la categoría de verdaderos intelectuales que animaba el proceso republicano al comenzar la década de los 30, creyó fácil contener el movimiento. Sin embargo, de entre sus fieles políticos monárquicos sólo uno —tan «infiel» como todos los demás— le inspiró confianza: don José Sánchez Guerra, quien realizó el acto más inusitado de toda la historia política universal: ¡acudir a la cárcel para consultar a los presos! ¡Para pedirles ayuda a aquellos líderes republicanos en el intento de sostener la monarquía! La figura del viejo político reves-

tido de levita y chistera entrando en la prisión solemne y tenebroso parece una secuencia de Fellini. Quería el rey incluso que don José le pidiera a los republicanos encarcelados una contención de sus masas hasta que se celebraran elecciones legislativas. Pero ni eso se atrevió a proponerles Sánchez Guerra. El rey hizo como que le apesadumbraba la negativa republicana a cooperar. Todo era un poco surrealista.

De todas maneras don Alfonso trató de que aquel viejo conservador formara Gobierno con una posible lista ya formada, pero incluyendo en ella a García Prieto y Romanones, que se llamaban monárquicos-liberales. Eran **paños calientes** para un pueblo ya movido. Por eso las elecciones del 12 de abril constituyeron más bien un referéndum sobre la persona del rey. ¿Había fingido la sublevación de Primo de Rivera, **saltándose a la torera** los preceptos constitucionales? ¿Era un monarca absolutista? Todavía antes de aquel día H envió don Alfonso emisarios confidenciales a los líderes republicanos que antes habían sido monárquicos, para atraérselos abandonando su postura. Se comprometía a **perdonarles**. Aquellos ex monárquicos —Alcalá Zamora, Miguel Maura, Sánchez Guerra hijo, Ossorio y Gallardo, etc.— contestaron hasta con sarcasmos. Profetizaron que tras la consulta electoral el rey no podría seguir tomando parte en las regatas náuticas

—las políticas ya estaban agotadas— y tendría que abandonar el trono.

A pesar del triunfo arrollador de la oposición a la monarquía, el rey estaba más tranquilo al recibir al jefe del Gobierno, que éste al indicarle lo grave de su situación. Romanones en sus memorias explica asimismo la calma desconcertante del monarca ese día, cuando el conde estaba seguro de que el reinado de Alfonso XIII había llegado a su fin. Para él haber perdido las elecciones rotundamente en su feudo de Guadalajara, tradicionalmente cacicado en su beneficio, constituía el síntoma más seguro. En su libro **Historia de cuatro días** habla de que se podía haber utilizado la violencia para obstruir el cambio de régimen. Pero añade: «Este último camino implicaba el derramamiento de sangre y Alfonso XIII estaba resuelto a que, por él, no se vertiera una sola gota».

Pero el duque de Maura y otros monárquicos de alcurnia pretenden que se convoquen elecciones generales a Cortes constituyentes antes de que se vaya el rey. En **Recuerdos de mi vida** lo justifica el duque: «El nuevo Régimen, fuese el que fuese, nacería allí y no en la calle y ante esas Cortes y no ante el previsible motín, declinaría don Alfonso sus poderes cuando el resultado de la consulta al país lo requiriera así».



El primer Consejo del Directorio Militar. Con el Rey y el general Primo de Rivera aparecen los generales Cavaicanti, Mayandía, Federico Berenguer, Saro, Dabán, Ruiz del Portal, Navarro, Hermosa, Rodríguez Pedré, Vallespinosa, Gómez Jordana y Muslera.



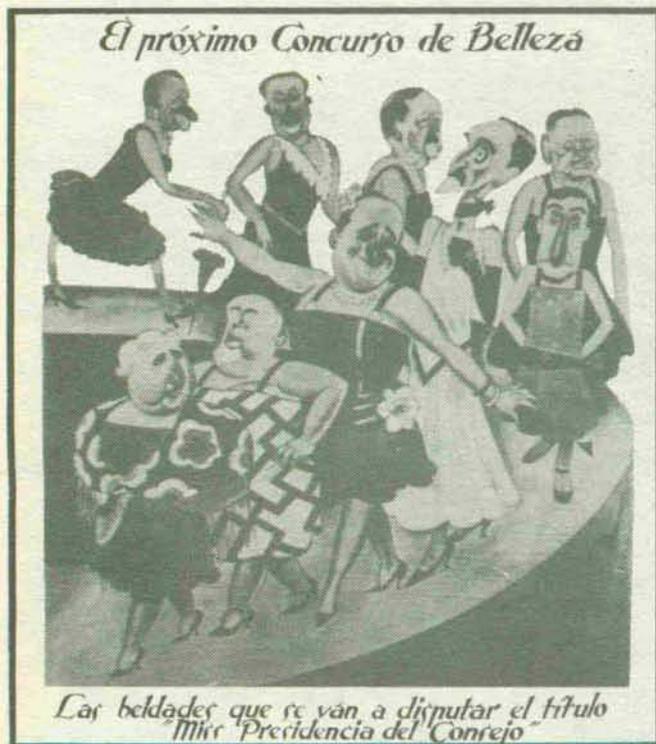
Llegada de Alfonso XIII a París, en visita oficial, durante la Dictadura de Primo de Rivera.



El Rey de España, con Primo de Rivera y Eduardo Aunós presidiendo una reunión del Senado, durante el Directorio Civil, hacia 1927.

LA REALIDAD

El único realista —en sentido de realidad— era el conde de Romanones, quien se valió del odontólogo del monarca, doctor Flores-



El 14 de febrero de 1931, tras la dimisión del general Dámaso Berenguer, se abre la última crisis del Gobierno de la Monarquía. El dibujante Echea veía así a los candidatos a la Presidencia. (En la caricatura pueden identificarse a Gabriel Maura, Santiago Alba, Francisco Cambó, el conde de Bugallal, García Prieto, el conde de Romanones, Sanchez de Toca, entre otros).

tán Aguilar, para que le llevara una nota que empezaba así:

«Señor: El conde de Romanones me ha llamado para que con toda urgencia transmita a Vuestra Majestad las palabras que van a continuación: los sucesos de esta madrugada (se refiere a la del 14) hacen temer a los ministros, que la actitud de los republicanos puede encontrar adhesiones en elementos del Ejército y fuerza pública que se nieguen en momentos de revuelta a emplear las armas contra los perturbadores, se unan a ellos y se conviertan en sangrientos los sucesos. (...)».

Fue la primera vez que se le habló al rey con claridad. La nota la leyó él a las siete de la mañana y llamó seguidamente al subsecretario de Gobernación para preguntarle si había mucha gente en la Puerta del Sol en ese momento. Sabía, como buen madrileño, que el popular enclave urbano había sido por tradición el termómetro político de España.

El subsecretario le contestó afirmativamente, y el rey le pidió que la guardia civil despejara la plaza. Pero después fue el subsecretario quien llamó al rey para decirle que el capitán que mandaba el retén de aquella fuerza en Gobernación se negaba a cumplir la orden.

—Es lo que me quedaba por saber —dijo el todavía monarca.



El último Gobierno de la Monarquía de Don Alfonso XIII, presidido por el Capitán General de la Armada Juan Bautista Aznar. Almirante Rivera (Marina), conde de Romanones (Estado), marqués de Hoyos (Gobernación), general Dámaso Berenguer (Guerra), Juan Ventosa (Hacienda), Juan de la Cierva y Peñafiel (Fomento), marqués de Alhucemas (Gracia y Justicia), José Gascón y Marín (Instrucción Pública), duque de Maura (Trabajo), conde de Bugallal (Economía).

Dos horas después ya tuvo conciencia de lo gravísima que era su situación. Sigue relatando Romanones la entrevista de los ministros con el rey el mismo día 14 a las nueve de la mañana: «Entramos y, sin preámbulos, Don Alfonso abordó inmediatamente el tema electoral, subrayando la derrota. Aznar intentó echar agua al vino y don Alfonso le in-

terrumpió diciendo: —Déjese de consuelos. (...)».

En esa entrevista Romanones pone en labios del rey alguna pulla contra el ex monárquico Alcalá Zamora, pero al parecer no fue verdad.

A primera hora de la tarde, Romanones se



Los procesados del Comité revolucionario republicano. De izquierda a derecha: Alvaro de Albornoz, Alcalá-Zamora, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Casares Quiroga y Miguel Maura.



El rey Alfonso XIII a su llegada a París, el 16 de abril de 1931. (A la derecha de la fotografía, el mariscal Petain).

entrevista con Alcalá Zamora en casa de Maura. Previamente los dirigentes republicanos habían acordado que su portavoz pidiera la salida de España del rey acto seguido, y si se iba a depositar la gobernación del Estado en manos de la República, el acto se realizara antes de **ponerse el sol** ese mismo día.

Tras la entrevista el conde va a Palacio. «La conversación con Don Alfonso no la olvidaré mientras viva», dice en su libro, y continúa más adelante: «Al escuchar Don Alfonso que había un ministro que sostenía que se podía resistir, exclamó: **Yo no quiero resistir**». Luego lee el rey a los presentes, muy sereno, un Manifiesto a los españoles pergeñado por el duque de Maura.

Este dice después en **Recuerdos de mi vida** que el rey quiso que fuera el Consejo de Ministros quien traspasara los poderes al Comité Revolucionario, para proceder **dentro de la máxima legalidad**. Pero éste ya estaba reunido en Gobernación constituido como Gobierno Provisional de la República, desconfiado de la «máxima legalidad» que a destiempo trataba de observar.

ADIOS AL REY

De ocho y cuarto a nueve menos cuarto salió el rey de Palacio por el túnel del Campo del Moro, puerta casi secreta de la gran mole real, que abandonaba para el resto de sus días. De ello no se enteraron los ministros de la ya República hasta la madrugada del día siguiente. El de la Gobernación creía que el rey iba a salir al destierro con toda «su familia» cuando ya hacía horas que había partido por mar hacia Marsella. Eso indica el descontrol que hubo en los primeros momentos en el cometido de los bisonños gobernantes republicanos.

Se puso un radio al **Príncipe Alfonso** por si era el crucero en que navegaba el ex soberano, y del barco contestaron afirmativamente, añadiendo: «Tan pronto desembarque don Alfonso en Marsella será izada la bandera republicana».

De esta manera terminó el anterior reinado. Fueron muchas las causas y las personas, encauzadas por el republicanismo, que contribuyeron a su extinción. En realidad la gobernación del país quedó abandonada antes

MADRID DIA 17 DE
ABRIL DE 1931
NUMERO SUELTO
10 CENTS 壹角

ABC

DIARIO ILUSTRADO.
AÑO VIGESIMO
SIMOSEPTIMO
N.º 8.833 壹萬八千

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE SERRANO, 109. MADRID

AL PAIS

He aquí el texto del mensaje que el Rey
entregó al presidente del último Consejo de
Ministros, capitán general Anas.

Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuraré siempre servir a España, puesto al único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes los combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras hablo la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo la siento y lo cumplan los demás españoles.

Nota del Gobierno acerca del mensaje.

El ministro de Hacienda facilitó a última hora de ayer tarde la siguiente nota:
«El Gobierno no quiere poner trabas a la divulgación, por parte de la Prensa, del mensaje que
Rey D. Alfonso de Borbón, en cuando las circunstancias «excepcionales inherentes al nacimiento de
nuevo «reino público, profusa justicia que en estos misterios se justifica con el título.
Más como el Gobierno provisional de la República, según lo de la colaboración favorable del país,
esta hora de todo tener el «nuestro» monárquico, lo prohibe que se publique el texto completo
que se inserta en esta ocasión acompañado de anotaciones que lo refieren de momento.
Fiducia y hasta que el país lo juzgue libremente, en ninguna clase de suposiciones ministeriales.»

Portada de «ABC» del 17 de abril de 1931, con el mensaje de Alfonso XIII a los españoles.

de que los republicanos tomaran las riendas de ella.

La llegada de Alfonso XIII a París tuvo gran eco en la prensa francesa. Un periódico, **Excelsior**, aseguraba paladinamente que la restauración de la monarquía en España sería cosa de poco tiempo, porque en los anunciados comicios a Cortes constituyentes triunfaría otra vez el régimen tradicional español, dado el cariño que el pueblo sentía por el rey. Asimismo, periódicos británicos lloraban el destronamiento y esperaban que el error se subsanase. Claro que había muchos medios de comunicación contrarios a este parecer.

Mucho antes de la República comenzó a decaer aquel reinado. Alfonso XIII dijo en su mensaje dirigido a España al despedirse:

«Un rey puede equivocarse y, sin duda, erré yo alguna vez, pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa con las culpas sin malicia».

Pero no era sólo haber aceptado o inspirado el golpe de Estado primorriverista la única culpa del rey. Eso en fin de cuentas no habría sido motivo suficiente para que el pueblo le rechazara. Habría sido motivo para renunciar al trono, pero no para hundir a la monarquía. Fue un agotamiento total de los españoles, los oídos sordos a las quejas, lo problemático en conceder audiencias, que si con

gran dificultad se concedían era con unos protocolos imposibles de guardar para un ciudadano normal. Eran algo como los que se guardan al emperador del Japón. En cuanto a la política seguida siempre desde Gobernación, habían de triunfar siempre en elecciones amañadas a gusto de Palacio los conservadores o liberales monárquicos todo lo más, dos partidos que odiaban al elemento obrero y sus representantes socialistas o republicanos, con los que no hablaban jamás. Alfonso XIII no habló nunca, en todo el reinado, con un socialista de su país. Y cuando recibió en Palacio a Unamuno —nadie más alejado del socialismo— la aristocracia se escandalizó. Ningún otro prohombre inconforme con la monarquía fue recibido por don Alfonso durante su jefatura del Estado. Quizá también Gumersindo Azcárate mereció esa gracia, pero no estamos seguros.

Y aquellos políticos conservadores y liberales monárquicos que tanto favoreció, le volvieron la espalda a la hora de abandonar el trono. Sólo tres, García Prieto, Romanones y Gabriel Maura, fueron a Palacio a despedirle. La masa de lambitones de todos los reyes no estaba presente. Esa masa a la que lo que menos le importa es la propia persona del rey. ■ C. S.



El Rey Don Alfonso XIII a su llegada a Marsella, el 15 de abril de 1931. Comenzaba su exilio, en el que moriría —en Roma— el 28 de febrero de 1941.